


Miguel Hurtado

E l

m a n u a l

d e l

s i l e n c i o 

La historia de pederastia en la Iglesia  
que nadie quiso escuchar

MIGUEL HURTADO CALVO

# EL MANUAL DEL SILENCIO

*La historia de pederastia en la Iglesia  
que nadie quiso escuchar*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Miguel Ángel Hurtado Calvo, 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2020

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

[www.editorial.planeta.es](http://www.editorial.planeta.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición: febrero de 2020

Depósito legal: B. 56-2020

ISBN: 978-84-08-22332-0

Preimpresión: J. A. Diseño Editorial, S. L.

Impresión: Unigraf

Printed in Spain – Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**

# Índice

*Prólogo.* Roma, febrero de 2019 9

PARTE PRIMERA  
CANTOS DE SIRENA: LA VÍCTIMA  
BARCELONA (1982-2007)

1. Infancia	17
2. Adolescencia	37
3. En la universidad	68
4. En plena etapa de formación	100

PARTE SEGUNDA  
EL SACRIFICIO: EL SUPERVIVIENTE  
MADRID (2008-2012)

5. Residente de primer año (R1)	139
6. Residente de segundo año (R2)	164
7. Residente de tercer año (R3)	221
8. Residente de cuarto año (R4)	255

PARTE TERCERA  
BUSCANDO MI TRIBU: EL ACTIVISTA  
LONDRES (2012-2019)

9. Aterrizaje en Londres	293
10. Mi segunda residencia: psiquiatría infantil	336
11. Preparando el terreno	376
12. La verdad os hará libres	420
<i>Epílogo.</i> Londres, noviembre de 2019	469

# 1

## Infancia

El teatro estaba a rebosar. Fuera, padres, familiares y amigos esperaban ilusionados a que comenzara la función. Detrás del vestuario, los actores no podíamos ocultar nuestros nervios. ¡Por fin había llegado el gran día! Nos habíamos preparado a conciencia durante todo el año. Habíamos invertido nuestro tiempo, nuestro esfuerzo y nuestra ilusión en el proyecto durante los recreos y al salir de clase. Los ensayos habían ido bien, aunque éramos conscientes de que el día del estreno los nervios nos podían jugar una mala pasada. La obra, *Jesucristo Superstar*, suponía un reto para unos chavales de trece y catorce años que no habían pisado un escenario en su vida. Pero, tras los nervios iniciales, el musical fluyó. Habíamos hecho los deberes y se notaba. Al final de la función, el auditorio, en pie, aplaudía a rabiar. Todo nuestro esfuerzo había merecido la pena. Aún no sabía que esos momentos de felicidad, confianza y seguridad de mi infancia eran los últimos que iba a experimentar en mucho tiempo.

### **Una familia como cualquier otra**

Si me hubieran preguntado de niño, hubiera dicho, sin dudarlo, que me gustaba mucho mi colegio. Los profesores, los compañeros, las instalaciones. Mi escuela se llamaba Ángela Bransuela en honor a la

familia que había donado los terrenos y era un edificio grande, con dos amplios patios para que los niños jugaran durante el recreo. Mi madre era profesora de tercero y cuarto de primaria. Llevaba tantos años en el colegio que en el barrio todos conocían a la señorita Dioni. Nunca le había gustado su nombre completo, Dionisia. Yo siempre le decía que se lo tenía que haber cambiado a la versión inglesa o francesa, Denise, que suena mucho más musical y sofisticado.

Cuando mi madre terminaba de trabajar, volvíamos en coche a casa. Vivíamos lejos, en la otra punta de mi ciudad, Mataró. El colegio estaba en el límite norte, en el barrio de Rocafonda, cerca de la montaña, y mi casa estaba al lado del paseo marítimo, cerca del mar y la playa.

Aunque nací en Barcelona, viví toda mi infancia, adolescencia y primera juventud en Mataró. Cuando yo era niño, la ciudad tenía unos cien mil habitantes, lo que la convertía en una de las diez más grandes de Cataluña y de las sesenta más grandes de España. Sin embargo, los chavales siempre nos quejábamos de que la mentalidad era algo pueblerina, no como en Barcelona, donde se respiraba libertad. Pero, por fortuna, en cuarenta minutos en tren podías escapar a ella fácilmente para vivir otras experiencias, explorar mundo y descubrir tu identidad lejos de la mirada de tus padres, vecinos y conocidos.

Mi madre, Dionisia, nació a principios de los años cuarenta en Cerbón, un pueblo de Soria de la España interior. Era la cuarta de siete hermanos. Desde muy pequeños, mi madre nos habló a mi hermano y a mí de nuestros orígenes para que supiéramos cuáles eran nuestras raíces. Solía tratar de explicarnos por qué era como era diciendo que ella era «hija de la posguerra».

Como era común en la España rural de esa época, mis abuelos, Emiliano y María, eran agricultores. Afortunadamente, mi familia materna no se vio afectada por la Guerra Civil. La mayor parte de la población y el territorio de Castilla se posicionó de inmediato a favor de los generales sublevados y en contra de la República. No resulta sorprendente, ya que esta región representaba la España católica, tradicional, rural y conservadora. Ponerse del lado del bando vencedor

les ahorró tener que experimentar directamente los estragos de la contienda bélica. Sin embargo, igual que en toda España, sí que sufrieron las privaciones y carencias propias de la posguerra.

Mi madre nos contaba anécdotas de su infancia en esa triste España en blanco y negro:

—Comer carne era un lujo del que solo se podía disfrutar durante la época de la matanza. Una vez, mi hermana y yo robamos huevos a espaldas de mis padres para venderlos, sacarnos un dinerillo y comprarnos libros... En esa época, las personas más importantes y las más respetadas del pueblo eran el alcalde, el cura, el guardia civil y el maestro. Y un plato tan sencillo como un huevo frito era un manjar... Tenía que compartirlo en un plato común con mis hermanos.

Cada vez que nos lo hacía para cenar me recordaba de forma afectuosa que era muy afortunado. Hasta la fecha, treinta años después, un par de huevos fritos siguen siendo mi plato preferido.

En el ambiente confortable de clase media en el que me crie, esas historias me parecían propias de otro universo. Pero mi madre quería que tanto mi hermano pequeño, Alfonso, como yo fuéramos conscientes y valoráramos las oportunidades que ella no tuvo de niña. Nos inculcó la cultura del trabajo y el esfuerzo.

Por su precaria posición familiar, ella solo pudo estudiar interna en un colegio de monjas trabajando de sirvienta. Cuando acababa el curso escolar y el resto de sus compañeras volvían a sus hogares, se tenía que quedar a limpiar para costearse la estancia. En aquella época, para muchas familias humildes la única manera de conseguir una educación decente para sus hijos era a través de seminarios, conventos o colegios religiosos, que en la España del nacionalcatolicismo proliferaban como setas.

En los años sesenta, la familia de mi madre migró del campo a la ciudad. Se fueron a vivir a Logroño, unos ciento cincuenta kilómetros al norte de Cerbón. No fueron los únicos en tomar esa decisión. Desde el final de la posguerra hasta los años sesenta, cuando en España imperaban el sistema de autarquía, el hambre y la cartilla de racionamiento, vivir en el campo garantizaba un poco de pan, aunque fuera a



costa de vivir en la miseria. La autarquía, o «sistema económico auto-suficiente», aislaba a España económicamente del resto de Europa. Fue el precio que tuvimos que pagar como país por las simpatías del régimen franquista con el fascismo europeo durante la Segunda Guerra Mundial. Esto llevó a un retraso de dos décadas respecto al resto de Europa a la hora de recuperarnos de la devastación de la guerra.

Sin embargo, en los años sesenta, debido a la situación de quiebra técnica en que estaban las finanzas del país, Franco no tuvo más remedio que escuchar las voces más aperturistas de su gabinete: los ministros tecnócratas del Opus Dei, y con ellos llegaron el desarrollismo, la mecanización del campo, el fomento del turismo y la inversión en industria. España despegó económicamente y se produjo un éxodo del mundo rural al urbano gracias al aumento de las posibilidades laborales y educativas en las ciudades. Ello condujo a una progresiva despoblación del campo y las zonas rurales y a una fuerte urbanización del país. Como tantas otras provincias, Soria comenzó a quedarse despoblada y envejecida. No había industria, futuro ni porvenir para los jóvenes. Comenzó a nacer lo que actualmente llamamos *la España vaciada*.

A mi madre le hubiera gustado estudiar Medicina, pero las opciones para las mujeres de su clase social en esa época eran muy limitadas. Todo el mundo creía que la naturaleza había determinado que el rol fundamental de la mujer era ser madre y esposa. Por eso las principales profesiones disponibles eran las de enfermera o maestra, que no eran sino una prolongación del rol de cuidadora que la mujer adoptaba en el hogar. Ella eligió magisterio, se sacó la carrera y comenzó a trabajar. Tenía que dar parte de su sueldo en casa para que el resto de los hermanos pudieran estudiar. Estuvo trabajando unos años en varios pueblos de Andalucía. Tras varios intentos, aprobó unas oposiciones de maestra en una escuela pública y, con ello, la tan ansiada seguridad económica que había buscado desde niña.

Quería volver cerca de su familia, pero no había plazas disponibles en La Rioja. Así que, como su hermano Jesús, también maestro, había estado destinado durante un tiempo en Mataró y le había dado buenas

referencias, decidió mudarse a esa ciudad a finales de los setenta. Tras ahorrar mucho, pudo comprarse un piso y comenzó a viajar por Europa con sus amigas: a Londres, a París, a Roma... Su vida parecía encaminada, pero quería tener hijos. Pasó el tiempo y, cuando todos pensaban ya que se iba a quedar «para vestir santos», mi madre conoció a mi padre en París durante un viaje con sus amigas.

La infancia y los orígenes de mi padre no podían haber sido más opuestos a los de su futura esposa. Mario Hurtado nació a finales de los años cuarenta en México Distrito Federal. Mis abuelos paternos, Alfonso y Emma, pertenecían a una acaudalada familia de la clase alta mexicana. Mi abuelo paterno trabajó como arquitecto mientras que mi abuela se dedicó a criar a seis hijos. Mi padre era el más pequeño de la familia. En aquella época, México, como muchos países en Latinoamérica, era un lugar de contrastes, con demasiados pobres, pocos ricos y una precaria clase media.

Mi abuelo, por su oficio de arquitecto, trabajaba mucho. Pensaba que dando a sus hijos una excelente educación, formación en idiomas y estancias en el extranjero les garantizaría un porvenir próspero. En sus planes no entraba dedicarles tiempo y afecto, y no porque fuera una mala persona, sino porque sencillamente no cuadraba con su naturaleza. Él era un intelectual, distante y abstraído, feliz con sus libros y visitando iglesias románicas, aunque no porque fuera beato, sino porque, en su opinión, eran verdaderas joyas arquitectónicas.

A mi padre le dieron una perfecta educación basada en el *laissez faire*. Se le dio de todo excepto normas, límites, la capacidad de tolerar la frustración cuando sus deseos no eran inmediatamente satisfechos o las herramientas para poder entender las necesidades de los demás. Los psicólogos lo llaman *el síndrome del emperador*. En esa época se le llamaba *malcriar a un niño*. Cuando, en la adolescencia, sus patetas y berrinches se transformaron en problemas de conducta difíciles de manejar, sus padres buscaron la salida más fácil: le desterraron de la familia. Primero le mandaron a estudiar el bachillerato a un instituto en Chicago y, posteriormente, le pagaron la carrera de Psicología en Londres y en París. *Ojos que no ven, corazón que no siente*. Era

una solución a corto plazo que alivió el malestar en un primer momento, pero que garantizó que el problema se enquistase en el futuro. Con estos mimbres, mi padre tenía complicado madurar, crecer emocionalmente o aprender a asumir las responsabilidades de sus actos. Se convirtió en el típico hijo de papá, el calavera que sabía que siempre habría alguien que acabaría enderezando sus entuertos. Su proyecto de vida parecía ser vivir de joven de sus padres, de adulto de su mujer y de viejo de sus hijos.

Dos mundos que se encontraron para nunca volverse a separar del todo: el niño acaudalado que nunca había crecido y que necesitaba una esposa que le hiciera de madre y la mujer de clase humilde que nunca había tenido la oportunidad de ser niña, obligada a crecer demasiado pronto, que no encontró el marido que buscaba, sino a una especie de hijo descarriado al que no podía abandonar a su suerte. Estaban hechos el uno para el otro, unidos de forma inquebrantable por sus carencias complementarias. Dos mitades que formaron una familia o, al menos, lo intentaron. Con los parámetros de hoy en día no se entiende. Con la mentalidad de esa época, no se habría entendido otra cosa.

## **Una infancia razonablemente feliz**

Era un niño introvertido: disfrutaba más quedándome en casa leyendo un libro o viendo dibujos animados que saliendo al parque a darle patadas a un balón. Reme, una amiga de la familia, siempre bromeaba con que el primer recuerdo que tenía de mí era verme sentado en una esquina de mi casa, absorto leyendo un libro que era casi más grande que yo. Mi hermano se quejaba de que no le hacía caso y no quería jugar con él porque siempre estaba leyendo.

Otra de mis grandes aficiones era quedarme frente a la tele viendo dibujos animados. En los ochenta, en España solo existía un canal de televisión público estatal y otro autonómico. No había canales privados, Netflix o YouTube, así que nuestra oferta de entretenimiento era bastante limitada, pero no por eso nos aburríamos. En esa época

eran muy populares las series de animación japonesas como la de los futbolistas Oliver y Benji, *Campeones* o *Bola de Dragón*. Me quedaba horas y horas fascinado siguiendo las aventuras de Goku y sus amigos intentando reunir las siete bolas mágicas para poder invocar al dragón que les concediera sus deseos y poder así salvar el mundo.

Si no tenía un libro en las manos o la tele enfrente, me gustaba quedar para jugar con mis amigos. Conocí a Germán y a Camilo en el colegio y nos convertimos en inseparables. En la escuela éramos compañeros de pupitre y durante el recreo jugábamos a las canicas, al fútbol o a intercambiar cromos. Al salir de clase, volvíamos juntos caminando a casa. Los fines de semana quedábamos en casa de alguno de nosotros para entretenernos con juegos de mesa o videojuegos.

Como no teníamos familia en Cataluña, las Navidades siempre las pasábamos con los vecinos del segundo: Reme, Gabriel y su hija Marieta. Las dos familias habían entablado amistad cuando yo era aún un bebé. Como Reme siempre veía a mi madre muy agobiada y estresada, se ofreció a hacer de canguro conmigo.

Reme siempre me cayó bien, era muy alegre y me hacía reír. Además, a los niños nos trataba con mucho cariño. Había llegado a Cataluña con sus padres y sus hermanas desde Andalucía siendo niña y pronto se había puesto a trabajar en una fábrica. A diferencia de nosotros, que no teníamos familia en la ciudad, tanto su madre como sus hermanas vivían en Mataró, y en Navidades y Año Nuevo organizaba una gran fiesta en su casa, en la que nos reuníamos todos. Cuando hoy en día escucho típicos villancicos andaluces como *Esta noche es Nochebuena* o *La virgen se está peinando*, no puedo evitar una sonrisa porque me viene a la memoria la imagen de Reme cantando mientras los niños tocábamos la zambomba.

Reme y mi madre me repetían que, aunque no estuviéramos unidos por lazos de sangre, en el corazón éramos familia. Pero pronto descubrí que, como en todas las familias, existen secretos que no se pueden compartir alegremente.

—¿Qué es lo que le has contado a Reme de papá? —me preguntó mi madre un día mientras íbamos en coche al colegio.

Aunque en casa reinaba una calma tensa, el matrimonio de mis padres hacía tiempo que se había roto y llevaban vidas separadas. Mi madre estaba siempre trabajando y ocupándose de nosotros y de la casa. Mi padre trabajaba como profesor de inglés unas pocas horas al día para pagar sus gastos, pero no se involucraba ni con nosotros ni en la casa. Durante el verano se iba durante horas a la playa a tomar el sol. Nunca hacían ninguna actividad juntos como pareja y dormían en habitaciones separadas. Mi madre ponía la excusa de que era porque a mi padre le gustaba dormir por la noche escuchando la radio y la desvelaba. Aunque intentaran guardar las apariencias, era obvio que el matrimonio no iba bien. Y Reme se había dado cuenta.

—¿Cómo van las cosas en casa, Miguel? —me había preguntado.

Y yo, como niño que era, respondí con honestidad e ingenuidad. Al fin y al cabo, éramos familia, ¿no?

Como entre las múltiples virtudes de Reme no estaba la discreción, le faltó tiempo para contárselo a sus hermanas y cuando mi madre se enteró de que se había convertido en la comidilla de sus amigas entró en cólera. Me prohibió terminantemente que le contara nuestros problemas familiares porque no le importaban a nadie. «Los trapos sucios se lavan en casa.»

Pero a pesar de esa fragilidad familiar, recuerdo haber tenido una infancia razonablemente feliz.

## Hijo de la democracia

Mientras mi madre era una hija de la posguerra, yo era un hijo de la democracia, una de las primeras generaciones de españoles que había podido crecer en libertad tras la muerte de Franco. Había nacido el 21 de abril de 1982, el año posterior al golpe de Estado del 23F, en el que Tejero había entrado, pistola en mano, en el Congreso de los Diputados, con la intención de devolvernos al pasado. Cuando tenía tres años, España entró en la Unión Europea, rompiendo el aislamiento con nuestros vecinos y homologándonos como una demo-

cracia de pleno derecho y un país normal. Al cumplir diez años, España entró de lleno en la modernidad, celebrando con éxito dos eventos internacionales de gran prestigio: las Olimpiadas de Barcelona y la Exposición Universal de Sevilla.

Recuerdo una imagen de las calles de Barcelona completamente vacías, en las noticias del telediario, el día de la inauguración de los Juegos, ya que todo el mundo estaba en sus casas enganchado al televisor para no perderse el gran evento. También nuestro viaje a Sevilla ese mismo año para visitar a mi tío Jorge y su familia, que estaban viviendo temporalmente en España, mientras mi tío, arquitecto de profesión, diseñaba el pabellón de México para la Expo. «Alfonso, Miguel, ¿veis que el pabellón que he diseñado tiene forma de X? Es para recordarles a los “gachupines” que nuestro país se escribe *México* y no *Méjico*, como soléis hacer.» Aunque durante mi infancia apenas lo noté, el choque generacional con mi madre nos iba a acabar pasando una terrible factura cuando fuera la hora de tomar decisiones importantes sobre mi vida, mi futuro y nuestra familia.

## **El estigma de la enfermedad mental**

Cada año, durante las vacaciones de verano, cogíamos el coche e íbamos a visitar a la familia de mi madre en Logroño. Como era habitual, ella se encargaba tanto de la preparación del viaje como de conducir. Mi padre, supuestamente, le tenía que hacer de guía consultando el mapa de carreteras —eran los tiempos anteriores al GPS—, pero en realidad se pasaban el viaje discutiendo. Con el tiempo, él acabó quedándose en Barcelona mientras mi hermano, mi madre y yo íbamos a Logroño. Supongo que ambos se cansaron de pelearse y se dieron cuenta de que, cuanto más lejos estuvieran el uno del otro, mejor.

En Logroño nos quedábamos a dormir en casa de mi abuelo Emiliano y mi tía Emi.

—Vuestra tía Emi está malita, pero no os tenéis que asustar. No pasa nada —nos decía mi madre justo antes de llegar.

Mi tía sufría de esquizofrenia paranoide desde la adolescencia. Como suele ser habitual en esta enfermedad, tenía alucinaciones auditivas y delirios de persecución que le provocaban un enorme sufrimiento. Escuchaba voces que la insultaban y denigraban. Pensaba que otras personas le querían hacer daño. Hablaba sola por la casa, ensimismada en su mundo interior, aislándose de la realidad.

Al principio me asustaba un poco porque era demasiado niño para comprender la situación, pero pronto me di cuenta de que no había nada que temer. Como la mayoría de las personas con enfermedades mentales, mi tía no era agresiva. Su esquizofrenia representaba más un peligro para sí misma que para los demás.

Mis padres tenían visiones diferentes sobre la mejor forma de abordar la situación. Él no quería que nos quedáramos a dormir en casa de mi abuelo, creía que éramos demasiado inmaduros para entender la situación y que nos podía traumatizar. Mi madre le decía que tarde o temprano nos íbamos a enterar de lo que pasaba. Era nuestra realidad y teníamos que aprender a convivir con ella. Desgraciadamente, sabía demasiado bien de lo que estaba hablando.

Mi familia materna ha sido golpeada cruelmente durante décadas por la enfermedad mental. Como la mayoría de las enfermedades con una fuerte carga hereditaria, se habían manifestado en varias generaciones de la familia Calvo Martínez. La primera en enfermar fue mi abuela María durante el nacimiento del benjamín de la familia, mi tío Dominguito. Estaba embarazada de gemelos, pero uno falleció durante el parto. Ya nunca más volvió a ser la misma.

Ni mi madre ni mis tíos fueron nunca capaces de explicarme cuál era, exactamente, la enfermedad de mi abuela María. Me decían que «se le fue la cabeza», «se volvió loca», «perdió el juicio durante el parto». Durante la residencia de psiquiatría aprendí que el periodo del embarazo y el parto son de especial vulnerabilidad para las mujeres. Los cambios biológicos y psicológicos de la maternidad pueden actuar como factores desencadenantes de enfermedades mentales graves como la depresión posparto, el trastorno bipolar o la psicosis puerperal. La visión idealizada que se tiene de la maternidad, y que deja fuera

las dificultades y el estrés que conlleva, es una barrera para que estas mujeres puedan pedir ayuda. «¿Cómo puedo estar deprimida si me ha pasado lo más hermoso y bonito que le puede pasar a una persona en la vida?», «¿Cómo se lo explico a la gente?», «Nadie me va a entender, me van a decir que debo estar feliz». Afortunadamente, en la España de hoy en día, a diferencia de la de la posguerra, hay un sistema de salud mental, profesionales y terapias efectivas para ayudar y aliviar el sufrimiento de estas madres y sus familias.

Algo se quebró en el interior de mi abuela, en su alma y en su mente, que ya no se pudo recomponer con el paso de los años, a pesar del amor de sus hijos y de su marido.

—Cuando la cabeza se avería, ya no tiene arreglo, Miguel —me decía mi madre con cierto fatalismo. La enfermedad mental impidió que mi abuela María pudiera volver a funcionar con normalidad como madre, esposa y mujer trabajadora. Pasó de ser una cuidadora a una enferma que necesitaba que la cuidaran.

El peso de la responsabilidad que mi abuela ya no podía sostener recayó en su marido y en las frágiles espaldas de sus hijas, especialmente de mi tía Emiliana. Como era la mayor, a pesar de ser solo una adolescente, le tocó ejercer de madre de sus hermanos pequeños, uno de ellos un bebé recién nacido, y llevar el manejo de la casa mientras mi abuelo se deslomaba trabajando en el campo. Emi no lo pudo soportar y tuvo entonces su primer brote psicótico.

Con los conocimientos y recursos de esa época no había muchas opciones disponibles para que mi abuela María y mi tía Emi mejoraran.

—Cuando Emi enfermó, tu abuelo la llevó a Madrid a que la vieran los mejores especialistas. Pero no pudieron hacer nada por ella —me contó mi madre.

Con el paso de los años y la mejora del sistema de salud mental en España, mi tía por fin recibió la ayuda que necesitaba. Comenzó a tomar medicación antipsicótica para reducir sus delirios y alucinaciones, aunque para entonces su cerebro ya había sido arrasado por la enfermedad. Había desarrollado lo que en psiquiatría se denominan *síntomas negativos*: incapacidad de disfrutar de las actividades que an-



tes le gustaba hacer, falta de energía y motivación, afecto embotado y aplanado, retraimiento social, pensamiento empobrecido. Un cambio total respecto a su personalidad anterior.

Mi tía Emi fue la primera de sus hermanos en morir, con solo sesenta años, de un ataque al corazón, uno de los efectos secundarios habituales de la medicación antipsicótica. Cuando pienso en su vida y en la de mi abuela, no puedo sino estar agradecido por la generosidad y el tesón de las generaciones de españoles que construyeron, piedra a piedra, el sistema nacional público de salud. Con su esfuerzo garantizaron que recibir asistencia sanitaria sea un derecho para todos, sin importar nuestros ingresos, y no un privilegio que solo unos pocos se pueden permitir.

La difícil situación de la familia obligó a mi madre a asumir responsabilidades que no le correspondían por su edad. Una de sus nuevas tareas era cuidar de sus tres hermanos pequeños. Al principio se enfadaba. ¡Era tan injusto! Ella quería jugar con sus amigas y sus hermanos le molestaban. Pero, poco a poco, su carácter y personalidad se fueron moldeando para adaptarse a su nuevo papel. Como a tantas mujeres de su generación, ese rol de cuidadora le ha durado toda la vida. Fue madre de sus hermanos, de su marido, de sus alumnos y de sus hijos. Toda la vida cuidando a los demás sin nunca preocuparse por sí misma.

## **Secretos de familia**

Como la mayoría de los integrantes de la generación de la posguerra, mi familia materna desarrolló una ética del trabajo, el ahorro y el sacrificio que permitió a todos los hermanos salir adelante en la vida. Nadie les regaló nunca nada, pero todos poseían una gran virtud que, al mismo tiempo, era su mayor defecto: la legendaria cabezonearía de los Calvo. Si se les metía algo en la cabeza, no había quien les detuviera, ya fuera comprarse una casa, sacarse unas oposiciones o darles una carrera universitaria a sus hijos. Para bien o para mal, creo que yo he heredado la misma tozudez. Gracias a ellos, los que perte-

necemos a la siguiente generación, nacida en democracia, tuvimos una infancia muy distinta, con las comodidades y oportunidades propias de la clase media.

Precisamente porque no formaba parte de nuestra rutina, a mi hermano y a mí nos gustaba visitar a la familia en Logroño. Nos llevábamos bien con nuestros tíos y primos, en especial con los más pequeños, que tenían nuestra edad. Era tradición familiar celebrar los eventos especiales en la huerta de mi tío Dominguito, el benjamín de la familia. Mi tío Domin nos cocinaba una jugosa parrilla de carne mientras mi tía Rosi nos servía quesos, embutidos y buen vino de La Rioja.

Durante la sobremesa aprovechábamos para ponernos al día de cómo iban las cosas en cada familia. Quién estaba estudiando qué, qué primo se había echado novio o novia, quién se había mudado. Pero, al menos en el caso de mi hermano y yo, «los primos de Barcelona», incluso en ese ambiente cálido, acogedor y distendido seguimos guardando durante muchos años los secretos familiares que nos estaban destruyendo.

Sin embargo, durante esas comidas, hablando con mis tíos, comencé a encontrar más piezas que me permitieron rehacer el complejo puzle familiar. Mi tía Rosi me contó que mi madre había tenido un fuerte encontronazo con mi tía Azucena y mi abuelo cuando les dijo que se iba a casar con mi padre. En aquel entonces, los matrimonios interculturales eran una anomalía que no se veía con buenos ojos. Casarse con un «sudaca» se consideraba como conformarse con poco. Sin embargo, mi madre dejó claro que era su vida, su futuro y su felicidad. Mi abuelo y mi tía se plantaron y no fueron a la boda.

Con esta nueva información me comenzaron a cuadrar muchas cosas: por qué mi padre y mi tía Azucena no se soportaban, por qué en las fotos de la boda de mis padres salían todos mis tíos excepto ella y mi abuelo. Y, sobre todo, por qué mi madre, durante años, no les confesó a sus hermanos que su matrimonio estaba haciendo aguas. Para los seres humanos es difícil reconocer que nos hemos equivocado. Es triste cómo el orgullo puede acabar generando una distancia emocional innecesaria entre gente que se quiere.

Aprendí que guardar secretos era un mecanismo de supervivencia que mi madre había aprendido desde niña, y que negar la realidad cuando es tan dolorosa también la ayudó de pequeña a sobrevivir, aunque le impidió de adulta conseguir su gran sueño: formar una familia feliz.

## **La presencia de la religión en mi infancia**

De niño acudía una vez por semana a las clases de catequesis de la parroquia de mi barrio, Sant Simó i Sant Pau. Como la mayoría de los críos a esa edad, mi relación con la Iglesia era más fruto del deseo de mi familia de transmitirnos sus creencias morales y religiosas que de un convencimiento personal.

Mi padre no era creyente y únicamente pisaba una iglesia en bodas, bautizos y comuniones. Mi madre era creyente practicante. Para ella la fe había sido durante toda su vida una fuente de paz, serenidad y fortaleza que la había consolado en los momentos de crisis y la había ayudado a superar las dificultades. Perteneecía al sector progresista moderado, esos católicos de base que creen que es más importante fomentar la justicia social que defender a ultranza la doctrina de la Iglesia en temas de moral sexual. Siempre me decía que consideraba la prohibición de usar anticonceptivos por parte del Vaticano una grave irresponsabilidad fruto del machismo. Tampoco tenía mucha paciencia con el celibato y la prohibición del sacerdocio femenino. Eran unas ideas muy avanzadas para una mujer de su generación, aunque ella seguía siendo más tradicional respecto a otros temas, como la separación y el divorcio.

Mi madre me enseñó que era aceptable y necesario cuestionar los dogmas de la fe si son dañinos y perjudiciales para la dignidad humana. Es un principio que ha guiado durante años mi labor de activista contra la pederastia en la Iglesia. Estas ideas heterodoxas de mi madre a veces le dieron problemas en la parroquia. Ella colaboraba como voluntaria impartiendo clases de preparación a los padres cuyos

hijos iban a hacer la primera comunión. El sacerdote de la parroquia pensó en darle un toque en varias ocasiones por saltarse la línea oficial. Sin embargo, el resto de las catequistas y mujeres que manejaban el día a día de la parroquia le dejaron claro que si se metía con Dioni iba a tener problemas. Mi parroquia, en la práctica, funcionaba como un matriarcado encubierto. El sacerdote era el que daba la misa, pero eran las mujeres del barrio quienes gestionaban y garantizaban el normal funcionamiento de la ermita. Sin su ayuda, se generaría el caos y el *mossèn*, que era conservador, pero no tonto, lo sabía. Si intentaba imponerse se encontraría con una fuerte reacción interna, así que hizo lo que suelen hacer habitualmente el clero y los obispos en estos casos: mirar para otro lado y fingir que los fieles católicos estaban siguiendo a rajatabla las directrices de sus superiores. «Yo hago ver que mando y tú haces como que obedeces.»

Esta experiencia me enseñó que el día a día de las parroquias y la Iglesia de base está muy alejado de las preocupaciones y prioridades de la curia romana. Muchas comunidades cristianas han dado la espalda al Vaticano e intentan vivir su fe de forma coherente con su comprensión del Evangelio, con independencia de lo que digan el papa y los obispos.

### ***Mòssen Francisco***<sup>1</sup>

A pesar de que iba a las clases de catecismo en la ermita de Sant Simó, hice la primera comunión en su parroquia hermana, Sant Pau, situada un poco más al norte de la ciudad, en el barrio de El Palau. Durante los años noventa, El Palau se convirtió en un barrio pionero en la acogida de inmigrantes árabes y subsaharianos que comenzaban a llegar a Cataluña buscando nuevas oportunidades. La parroquia, gracias a la implicación del párroco de la época, *mossèn* Francisco, y de los

<sup>1</sup> Se ha cambiado su nombre para preservar su intimidad.

voluntarios de Cáritas, realizó una excelente labor ayudando a los recién llegados a integrarse. Como suele pasar, la llegada de los inmigrantes provocó tensiones y polémicas. Aún recuerdo cómo el *mossèn* Francisco, durante una de las misas, explicó las dificultades que su postura evangélica y cristiana respecto a la acogida de sus hermanos inmigrantes le había acarreado con los miembros más tradicionales de la congregación. Al sacerdote le había decepcionado que algunos miembros de la parroquia le dijeran que ya no iban a acudir más a la misa porque la iglesia «olía a negro». También recuerdo cómo mi madre, horrorizada, vio a gente del barrio que no quiso donar libros de texto antiguos a Cáritas porque se los iban a dar a «los hijos de los moros». Si había algo que mi madre nunca ha sido capaz de entender es la crueldad hacia los niños.

No creo que ni *mossèn* Francisco ni el resto de los feligreses que no compartían estas actitudes racistas lo hicieran porque quisieran ser *políticamente correctos o buenistas*, como a veces se les acusó. Simplemente, como cristianos coherentes que eran, estaban intentando implementar las palabras del Evangelio:

«Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; fui forastero, y me recibisteis; estaba desnudo, y me vestisteis; enfermo, y me visitasteis; en la cárcel, y vinisteis a mí.» Entonces los justos le responderán, diciendo: «Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, y te dimos de comer, o sediento, y te dimos de beber? ¿Y cuándo te vimos como forastero, y te recibimos, o desnudo, y te vestimos? ¿Y cuándo te vimos enfermo, o en la cárcel, y vinimos a ti?» Respondiendo el Rey, les dirá: «En verdad os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos hermanos míos, aun a los más pequeños, a mí lo hicisteis».

Yo tenía en gran estima a *mossèn* Francisco por la importante labor social que había realizado en el barrio, por eso me entristeció cuando se marchó de la iglesia. En su momento no me pareció nada extraño: habría alguna parroquia que le necesitaba más que nosotros. Sin embargo, años después descubrí el motivo nada inocente de su

traslado. Por lo visto, el obispo había recibido una denuncia contra él por tener comportamientos sexuales inapropiados con un joven inmigrante. *Mossèn* Francisco le explicó al obispo que no había actuado con mala intención: solo quería enseñarle al joven cómo tomar precauciones para evitar contagiarse del VIH y pensó que la mejor manera era enseñarle a ponerse un preservativo. Clases prácticas de educación sexual. No había tenido ninguna intención lasciva ni libidinosa, y lamentablemente se había dejado llevar por un celo pedagógico excesivo, siempre con la honrada motivación de ayudar al chico.

Lo más desolador es que seguramente se creyó sus propias mentiras. En psicología esa tendencia a justificar los propios actos sexuales inapropiados se describe como *distorsiones cognitivas*. Lo que popularmente se conoce como *hacerse trampas en el solitario*. Es más fácil mentir a los demás si antes nos engañamos a nosotros mismos. Cuando la familia del chaval se quejó, la diócesis reaccionó siguiendo el protocolo habitual para manejar los escándalos sexuales del clero: les dio una indemnización económica, les garantizó que no iba a volver a suceder y trasladó al sacerdote acusado a otra parroquia. La prioridad, como siempre, era mantener el secreto para así proteger el buen nombre del clero y de la Iglesia.

Desconozco si el chico era mayor o menor de edad, o si lo que sucedió cumple los criterios legales para ser considerado un delito sexual. Si fue un caso aislado o parte de un patrón de comportamiento. Si *mossèn* Francisco ha vuelto o no a las andadas en su nueva parroquia. Lo que sí sé es que existía una clara asimetría de poder entre ambas partes: que la situación de vulnerabilidad económica y social del joven le impedía consentir libre y voluntariamente el acto sexual. Que este tipo de comportamiento es una violación flagrante del código ético y deontológico que deben tener los profesionales cuyo trabajo implica atender a personas vulnerables. Y que, con independencia del cariño y aprecio personal que muchos de sus feligreses sentíamos por *mossèn* Francisco, él no recibió la sanción disciplinaria que se merecía.

Los obispos siguen sin entender que el secretismo y la impunidad no van a solucionar nunca el grave problema de los comportamientos sexuales inapropiados o delictivos del clero.

## **Una estructura familiar frágil**

Otra de las rutinas de mi infancia era el ejercicio. De niño y adolescente siempre estaba apuntado a algún deporte de equipo. Fútbol, baloncesto, balonmano. No porque fuera bueno jugando, tuviera espíritu de deportista o mucha energía que quemar. Al contrario, era el empollón de la clase. Mis enormes gafas de culo de botella, fruto de mi miopía, me granjearon el mote de *cuatro-ojos* entre los compañeros, reforzando el estereotipo. Mi madre, supongo que por temor a que me convirtiera en una rata de biblioteca antisocial, se dio cuenta de que necesitaba hacer deporte.

Los sábados por la mañana, mi madre nos llevaba a jugar el partido de la liga infantil, se iba a hacer la compra y nos venía luego a recoger. Ni ella ni mi padre se quedaron nunca a verme jugar. Mi madre, porque no podía; mi padre, porque no quería. Esta situación no era la excepción, sino la norma en mi casa. Mi madre me repetía con frecuencia que no hacía falta tener una figura paterna, porque ella nos hacía de padre y de madre. Obviamente, la vida no siempre funciona así y en el futuro acabaríamos pagando un terrible precio como familia por la ausencia de mi padre.

Lo más triste es que las cosas no siempre fueron así. Mi madre siempre nos contaba que, cuando éramos pequeños, mi padre nos había cuidado mucho. Nos bañaba, nos cambiaba los pañales, nos daba de comer, nos sacaba a pasear. Que ella sola no hubiera podido hacerse cargo de nosotros. Pero él se fue distanciando. Cada vez fuimos pasando menos tiempo juntos. De niños, aún compartíamos algunas actividades. Nos enseñó a jugar al ajedrez y nos llevaba a jugar con nuestro equipo de golf de juguete al paseo marítimo mientras mi madre limpiaba la casa los fines de semana. Sin embargo, no tenía con-

fianza con él. Si hubiera tenido algún problema, seguramente no le habría pedido consejo ni ayuda. Para cuando llegué a la adolescencia, ya no jugaba ningún papel en mi vida. Fue mi madre quien me compró una máquina de afeitar cuando vio que me estaba saliendo pelusa en la barbilla, porque a mi padre no se le pasó por la cabeza.

Las ausencias de mi madre fueron de otro tipo, no voluntarias, sino fruto de las circunstancias. No tengo recuerdo de jugar con ella o de que me leyera cuentos por la noche. Simplemente no tenía tiempo, estaba demasiado atareada.

Este era el mundo de mi infancia. Aunque mi hermano y yo tuvimos una niñez feliz y confortable, sin grandes problemas ni dificultades, estábamos creciendo en una estructura familiar frágil y vulnerable. Nuestra familia se sostenía por el esfuerzo de mi madre, que, haciendo juegos malabares, tenía que ser mujer trabajadora, esposa fiel y madre abnegada. Sentía el peso de la responsabilidad familiar sobre su espalda, era consciente de que, si tiraba la toalla, nuestra familia se convertiría en una de esas, desestructuradas y caóticas, con las que tenía que lidiar periódicamente en la escuela. La idea la horrorizaba. Y no le faltaba razón. Pero los problemas, cuando no se solucionan, tarde o temprano acaban pasando factura.

## **Mi infancia se acabó al cumplir catorce años**

Se acercaba el final de octavo de EGB, el último año de la escuela primaria. Dentro de poco comenzaría el instituto, lo que no dejaba de producirme una mezcla de excitación y vértigo. Excitación porque ya no era un niño, ¡me estaba haciendo mayor!, y vértigo porque me esperaba lo desconocido. Me había apuntado al instituto público Damià Campeny, en el centro de la ciudad. Mis amigos, Germán y Camilo, iban a ir al Satorras, porque era donde iban sus hermanas mayores. Así que, después de años de ser compañeros de pupitre y aventuras, nos teníamos que separar, aunque nos prometimos que seguiríamos manteniendo el contacto los fines de semana y las vacaciones.



No me podía quejar. Me iba con un recuerdo inmejorable de mi escuela, tanto de mis compañeros como de mis profesores, pero aún tenía una asignatura pendiente antes de despedirme y cerrar esa etapa de mi vida. Quería demostrarles mi aprecio y agradecimiento a mis profesores de séptimo y octavo por su esfuerzo y por el cariño que habían puesto en educarnos. Les escribí una carta diciéndoles lo que más me gustaba de ellos y qué me habían enseñado para el futuro.

Ahora que ya había saldado esa última deuda, estaba preparado para iniciar con ilusión y esperanza la siguiente etapa de mi vida. Aunque aún no lo sabía, era como una pequeña embarcación que navegaba un mar aparentemente tranquilo sin darse cuenta de que amenazaba tormenta en el horizonte y que, dentro de poco, correría el riesgo de irme a pique por la fiereza de las olas.